

Sumario

La delicada mirada y la atenta percepción de la mujer se constituyen en fuentes de espiritualidad. El análisis del texto bíblico de Tobías, traspasado por un corazón femenino adquiere nuevas significaciones y revelaciones. Orar la Palabra de Dios desde la perspectiva de la mujer, enriquece el misterio de nuestra comprensión por lo divino.

Lectura femenina del libro de Tobías

Bárbara P. Bucker, mc

Hermana Mercedaria de la Caridad.

Doctora en Teología, de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Brasil del año de 1992.

Encargada de las materias de Eclesiología, Mariología, Espiritualidad, Antropología Teológica y Mujer.

El propósito de esta reflexión es elaborar una lectura femenina del libro de Tobías desde la perspectiva de la espiritualidad. No se trata pues de un estudio científico del texto bíblico, sino de dejar resonar en el alma femenina lo que dice la Palabra de Dios. Voy a recurrir con frecuencia a mis sentimientos e intuiciones que, más allá de lo que es propio en mi historia personal, refleja los sentimientos femeninos y enriquecen la lectura del texto que desde la perspectiva masculina va a hacer Simón Pedro.

En primer lugar: ¿qué es espiritualidad? Con el pensamiento de Pablo en 1 Co 2, 11 quiero definir la espiritualidad como “encuentro entre el espíritu humano y el Espíritu de Dios”. Esto quiere decir, una presencia interior por parte humana, porque es el espíritu humano el que conoce lo que hay en esa profundidad. Por parte del Espíritu de Dios, El mismo es la profundidad. Cuando Lucas nos dice dos veces que “María guardaba todo en su corazón” nos quiere decir precisamente que María vivía en forma especial esa espiritualidad del encuentro de los dos espíritus.

¿Qué he sentido pues como llamada e interpelación de Dios en este texto, a mí en cuanto mujer religiosa, invitada a una espiritualidad profunda?

Tal vez la impresión global que me deja este texto es la de la Providencia amorosa de Dios que bendice el amor entre Tobías y Sara y que les invita a vivir en la alegría y el gozo de la fecundidad, después de haber pasado ambos por la tribulación de la muerte de los maridos para Sara y la ceguera del padre para Tobías. Las proyecciones de las dos familias, separadas por el espacio, terminan con la comunión en una sola familia, nuevamente reunida. Son el símbolo de los israelitas dispersos por el destierro, que llegarán a reunirse con el retorno a la patria. Las historias personales son como símbolos de los acontecimientos de la historia, pero en clave de

amor conyugal; por ello muy apropiadas para ser entendidas y pensadas por una mujer (y ¿escritas tal vez por una mujer? En el caso, la misma Sara?).

Sigamos paso a paso los jalones del texto agrupando en torno a ese proceso el eco de esta aventura de amor en mi corazón femenino.

Sin tener pretensiones científicas me parece que el texto tiene dos grandes partes, unidas por el “puente” del episodio del “pez”. En los primeros cinco capítulos se van introduciendo los personajes: Tobit y Ana que son desterrados, conocen la prosperidad en algunos momentos, pero también la escasez y casi la miseria que coincide con la ceguera de Tobit (cap. 1-2); en forma de historia paralela (técnica de muchas películas y telenovelas) se narra la historia de Sara (cap. 3), se presenta a Tobías y a su compañero, que es el ángel Rafael disfrazado de Azarías (cap. 4 y 5) . A partir del cap. 6 que describe el episodio del pez, los capítulos finales (7 a 14) muestran el desenlace feliz de todos los acontecimientos; en primer lugar las angustias y alegrías por la boda (7 a 10) , la curación de Tobit (cap. 11) y la revelación final del ángel Rafael (cap. 12). Los capítulos 13 y 14 que cierran el libro presentan la extensa, oración de Tobit y la suerte de Nínive.

1. Fidelidad en medio de las idolatrías

La figura de Tobit es la del exilado, que perteneció antes al reino de Israel o reino del norte, después de la división que provocó Jeroboán, separándose de Judá. Tobit en su tierra es fiel a la fe de sus padres y va a dar culto a Jerusalén, como sus antepasados. Persevera en la fidelidad en la prueba del destierro, sobre todo en dos detalles: dar limosnas a los necesitados y enterrar a los difuntos, enfureciendo al rey por causa de esto.

Todas las buenas obras que son extensamente enumeradas por Tobit son, en el fondo, gracia de Dios. Es un “verdadero adorador” de Dios que ha sabido darle culto aun lejos del templo de Jerusalén. A mí me ha recordado la pregunta de la samaritana: ¿dónde adorar a Dios?. Tobit sabe hacerlo en “tierra extranjera” cantando allá salmos de gratitud. Mas aún, sabe que el mismo destierro se convertirá en espacio de proclamación de las glorias de Dios (13, 3-4).

2. Fidelidad en medio de las tribulaciones

Tobit se muestra también fiel ante otro tipo de pruebas; no es solo la soledad en la confesión de su fe en medio de un ambiente hostil en el reino de Israel o en el destierro, sino la burla de los vecinos (posiblemente israelitas también), la ceguera de los ojos, contraída el mismo día en que procuraba compartir el pan con los pobres y realizar la obra de justicia de enterrar a los muertos. La prueba más dolorosa, sin embargo, es el mal entendido entre él y su mujer. La ceguera le impide ver físicamente, pero también psicológica, afectivamente. Sospecha que el cabrito obtenido por el trabajo de la mujer sea robado, desconfiando de ella. Los dos mutuamente se hieren en lo profundo, porque la mujer exclama: ¿Dónde están tus limosnas? ... Tal vez ella verbalice lo que en el interior de Tobit aparecería como dolorosa tentación ante la fidelidad de su conducta con Dios. Tobit hiere a su mujer desconfiando de ella, la mujer le hiere suscitando la desconfianza frente al mismo Dios. El dolor profundo termina en la oración pidiendo la muerte dada por Dios (Tobit no siente la tentación de Sara del suicidio). Y la frase final: no quiero oír más injurias, se confunde delante de Dios con la frase semejante de Sara al terminar también ella su propia oración: que no tenga que oír las injurias.

3. Oración: Corazones que se derraman en confianza por la fidelidad de Dios.

Tobit angustiado reza con gemidos, pero confía en el Señor. Conoce otra fidelidad más grande que la suya. Sara también rezará con gemidos confiando en el Señor. El motivo de su sufrimiento es de nuevo una frase dura y cruel: “¿nos castigas por lo que ocurrió con tus maridos?”. En los dos casos, de Tobit y Sara, el dolor ante la frase cruel no es tampoco sin alguna culpa; Tobit desconfió de Ana, y Sara castiga tal vez con crueldad a alguna criada. “Tú eres la que mata a tus maridos”.

Yo encuentro aquí, como mujer, una fina sensibilidad en representar el dolor del corazón provocado por estas frases crueles. Se trata de un dolor muy fuerte, que en ambos casos cuestiona la totalidad del sentido de la vida para Tobit y Sara. ¿De qué sirven las obras buenas agradables a Dios? ¿Qué significa la vida frustrada de

una mujer sin esposo y sin hijos, sobre todo en el contexto de la cultura semita? el dolor es insuperable. La fragilidad del corazón femenino ante ese sufrimiento parece romperse con el deseo del suicidio, pero es nuevamente el corazón de mujer, en concreto de hija, que prefiere seguir viviendo con sufrimiento a causar la muerte del padre con el dolor.

Ya en este mismo capítulo 3 se presenta un nuevo personaje, decisivo en esta historia: el ángel Rafael, aquí con claros poderes sobrenaturales: conocer el futuro, acompañar a Tobías, curar las dos enfermedades: la ceguera de Tobit, y la diabólica presencia de Asmodeu. El nombre de Asmodeu significa "aquel que hace perecer", ángel de la destrucción, enemigo de la unión conyugal, según una tradición persa que se incorporó a la tradición bíblica sobre todo en tiempo del destierro.

Se me ocurre en este contexto preguntarme: ¿Cómo está actuando hoy en nuestra sociedad y en la vida religiosa, ese ángel de destrucción y enemigo del amor que es "Asmodeo"? ¿Cómo reconocer nuestro Asmodeo hoy? ¿No sería este Asmodeo todo aquello que favorece la división, la muerte por el desencanto de la vida al no encontrarse realizada en el amor, el poner el sentido de la vida sólo en la eficacia de las obras o el reconocimiento de nuestros valores medido por el aprecio de las instituciones?

4. Testamento de Tobit como herencia de los bienes que no pasan...

Aunque Tobit lega a su hijo algunos dineros, la más preciosa herencia es, sin embargo, la de los bienes espirituales; sobre todo de la fidelidad a la ley de Dios. Tobit supera el deseo de la muerte por el deseo de vivir en su propia descendencia lo que fueron los valores más apreciados: compartir los bienes con los necesitados, sepultar a los muertos, respetar a los ancianos. Me pregunto si este testamento tuvo para Tobías el mismo sentido que podría tener para nuestro mundo consumista, que privilegia los bienes económicos, se cierra a la solidaridad del compartir y no sabe respetar a los ancianos. Incluso en nuestra vida religiosa ¿no caemos en la tentación de medir el valor de nuestras hermanas y hermanos por los servicios útiles que pueden prestar y no por su valor personal

que sigue existiendo aun en tiempo de ancianidad? El testamento de Tobit es una silenciosa amonestación a nuestro mundo económico que no solo retiene por un día el salario, sino en forma indefinida, y después de haber mermado el valor del trabajo.

Un detalle que juzgo muy bonito es el consejo dado a Tobías: “honra a tu madre y no la abandones nunca, haz lo que le agrada y no la entristezcas en nada. Acuérdate de los peligros que ella padeció por tu causa cuando te cargaba en su seno”. Tobit es un hombre justo también en reconocer la dignidad de la maternidad, en el amor que se encierra en el corazón de una mujer que sabe que lleva una vida en su seno. Si Tobías tiene que ser una “vida de Tobit que se prolonga en la duración del tiempo” es también una vida que prolonga la de Ana, porque durante nueve meses convivieron las dos juntas. Todo el libro de Tobías, es un mensaje de amor familiar muy destacado: la hija que no quiere suicidarse por no amargar la ancianidad de su padre; la madre que sufre por la ausencia de su hijo; el dolor del padre ciego de no poder ver a su hijo y a sus posibles descendientes, los padres de Sara que con dolor aceptan la partida de su hija ya casada con Tobías.

La sabiduría del viejo Tobit sabe apreciar el valor de un buen consejo y transmite ese tesoro a su hijo. Sabe que el mejor tesoro más que el económico es el de la confianza en Dios y el de la obediencia a sus mandatos.

5. Compañeros y compañeras en el camino de la vida...

El capítulo 5 acaba con la consolación de Ana por las palabras de Tobit: “un ángel acompañará a nuestro hijo y le dará un viaje tranquilo y lo devolverá sano y salvo”. Al oír esto, ella paró de llorar.

La vida es un camino duro si se lo hace en soledad. Tobit recomienda a su hijo buscar un buen compañero; el encuentro aparentemente “casual” con el ángel Rafael se asemeja a esos encuentros también “casuales” de Jesús con sus primeros discípulos según el evangelio de Juan. La vida de todos quedará marcada por esos encuentros y el camino histórico de Jesús y de sus discípulos será vivido juntos, en compañía mutua.

Para vivir la espiritualidad que la definía como “encuentro de espíritus” es importante saber encontrarnos no sólo con el Espíritu de Dios sino también en el otro encuentro con nuestros hermanos y hermanas que van junto a nosotros en el caminar de la vida. Necesitamos saber reconocerlos como “ángeles de luz”, mensajeros del Espíritu, instrumentos de gracia, cuando saben amonestar nuestros defectos o alentarnos en los esfuerzos del bien. ¿No hemos sentido esos ángeles que nos impidieron decisiones equivocadas, nos calmaron en momentos difíciles, mostraron estar de verdad a nuestro lado cargando la cruz de un momento difícil? ¿Cuanto bien puede hacer un pequeño gesto como una palmadita en el hombro, una sonrisa, una frase: “estoy contigo”, “te comprendo”!

6. Rafael, el médico integral del cuerpo y del espíritu

Todo el capítulo 6 está dedicado a la captura del pez y sus posibilidades curativas. ¿Cómo no asociar a este pasaje el significado de Cristo, antiguamente representado en la figura del pez? Aquel que tiene la virtud para curar las divisiones y los egoísmos y convocar a una nueva unidad.

Del mismo pez van a salir la fuerza curativa que vence la ceguera de Tobit y el poder espiritual que ahuyenta al demonio Asmodeo. Pero Rafael tiene además otra misión: curar del miedo. Cuando anuncia a Tobías su futuro matrimonio con Sara, la respuesta de Tobías es la del temor por la muerte y exactamente con el mismo argumento que ya había actuado en la actitud de Sara: evitar el dolor de los padres. ¿No sería un verdadero suicidio aceptar ser marido de la que ya había visto morir a siete de sus maridos? Rafael sabe curar este miedo mediante la confianza en Dios.

Es misión del Espíritu hacer que los cónyuges se enamoren y vivan siempre de ese amor. Por eso anima a Tobías y a Sara, como también acerca en el amor a Cristo y a la Iglesia. El Espíritu (y no el mítico Cupido), es el que anda por el mundo acercando mutuamente a los que pueden amarse de verdad, desde el fondo del corazón de Dios; abre los ojos ciegos para reconocer en los otros a los hermanos, a los hijos de Dios. Hace que lo femenino y masculino se encuentren no sólo en el amor conyugal propio del matrimonio,

sino en el amor fraternal, propio de la vida consagrada. Es el Espíritu el que da el don de amarse en cualquiera de sus modos, lo importante es que es verdadero amor.

El don de la amistad fraterna debe ser acogido con respeto y cariño porque permite vivir la Dimensión afectiva entre consagrados. Dos pequeños textos 7,12 y 7,15, llaman “hermana” a la que es “esposa” indicando otro nivel del amor, en el acompañarse mutuo por la vida.

Asmodeo fué presentado como el destructor del amor, pero en el plan de Dios, su obra recobra un sentido diferente; ser instrumento providencial para que Sara y Tobías puedan unirse, porque Dios los quería a ambos como esposos. La decisión de Dios, el gozo de este matrimonio que tanto alegrará a los padres de ambos ya entrados en años, ha recorrido caminos tortuosos en el recto escribir de Dios en la historia. Cuando se lee la historia de los sufrimientos pasados después de una resurrección de vida, puede decirse en verdad: “si yo hubiera sabido que todo iba a terminar bien hubiera sufrido de otra manera”. Sara y Tobías han sufrido mucho, pero pueden ver ahora los caminos providenciales de Dios. La esperanza que les acompañaba en los momentos ciegos del sufrimiento se vuelve ahora luminosa claridad que les hace percibir los designios divinos.

7. Un intermedio mezclado de humor, una tumba vacía...

La gravedad de los acontecimientos, la tensión afectiva de la narración, el miedo a la muerte de Tobías continuando la de sus siete predecesores, se rompe con el recurso literario del humor. Los criados abren ya la tumba para continuar el ritual ya aprendido con siete ensayos; el desenlace suena ya a algo conocido y practicado por los actores que dominan a perfección sus papeles. Raquel quiere evitar el ridículo de un nuevo funeral, por eso pide el trabajo en la oscuridad de la noche, pero con la misma celeridad de ganar tiempo a la oscuridad, hay que cerrar la tumba, porque nadie ha muerto para ser allí enterrado.

Una tumba vacía es el fundamento de la fe cristiana ... Otra tumba abierta e inmediatamente cerrada es el mudo testigo de aquello

que para los hombres parecía imposible pero no lo fué para Dios. A partir de allí el ritmo creciente de la felicidad y del gozo que va invadiendo a todos los actores del drama es como un anticipo de las bodas eternas en la escatología. Lo eterno se expresa con los catorce días, dos veces siete, número de plenitud.

8. El corazón de unos padres que esperan el retorno del hijo...

El dolor de Ana y Tobit nos reflejan los sentimientos que tendría el padre del “hijo pródigo” en circunstancias parecidas. Es verdad que el hijo, en el caso de Tobit, va por agradar a su padre, y no sólo no derrocha el dinero paterno sino que lo recupera; no sólo no vive desordenadamente sino que vuelve con una ejemplar mujer, fruto de un matrimonio profundamente sano. Pero... ¿no hay en el hecho de la ausencia de los hijos, iguales sentimientos en el corazón de los padres? Es tan humano el sentimiento del temor ante la espera que se hace demasiado larga. ¡No había teléfonos celulares para calmar la ansiedad de la distancia!

El sufrimiento femenino llega muy pronto a temer lo peor, siguiendo el curso de sus sentimientos; el sufrimiento masculino, en cambio, se expresa como tranquilizador, como fuerza moral de apoyo a la mujer para no dejarse invadir por los temores y angustias. Sin embargo este comportamiento ha conocido muchas veces el signo distinto: la mujer la que ha dado fuerzas al desánimo del varón, y la que ha mantenido la esperanza. Sea como fuere, aquí vemos el valor del acompañarse mutuo, porque los momentos de dolor y de apoyo pueden tener distintos ritmos, pero vividos en la unidad se compensan y equilibran.

9. Una ceguera que no es castigo sino que existe para glorificar al Señor.

Encuentro desde mi lectura femenina, un extraordinario parecido entre el ciego de nacimiento y Tobit. En ambos la ceguera no puede ser el “castigo” que fácilmente presumen los espectadores siempre ansiosos de buscar las causas de los efectos. La respuesta de Jesús fué: la ceguera puede ser el camino de revelación de un

ver nuevo en la fe para que el Padre sea glorificado. El ciego de nacimiento (Jn 9) cumplió esa vocación a perfección sufriendo la expulsión de la sinagoga y el aislamiento de la comunidad, pero encuentra una nueva comunidad de fe, de quienes no han sido ciegos para comprender que si existen milagros, hay poder de Dios y no del demonio.

La narrativa de Tobit, en la que Asmodeo parece ser el triunfador en una etapa de la vida de Sara, cambia cuando Rafael, como enviado de Dios, por medio del pez, ahuyenta al maligno, lo vence y cura la ceguera de Tobit. Hay un canto de gozo, que todavía resuena como “liberación de un castigo” a diferencia de Job que proclama siempre su inocencia y le hace aceptar el misterio de un Dios que parece no premiar los esfuerzos por la bondad.

Tobit canta al ver de nuevo a su hijo: “luz de mis ojos”. El gozo de la paternidad y maternidad permite reconocer en los hijos la “luz” que ilumina el sentido de la propia vida. También en la vida religiosa acontece la paternidad y maternidad que tienen como fruto los hijos. Al contemplarlos descubrimos el “sentido” de muchas renunciaciones y sacrificios; el valor de la castidad que permitió ejercer ese tipo especial de maternidad y paternidad que se da en la vida del espíritu. Qué gran bendición para un religioso y religiosa “ver la luz de sus ojos en los hijos de su tarea y servicio apostólicos”. Ver el Reino multiplicado por los esfuerzos de ellos, que son “hijos” de las renunciaciones del consagrado y consagrada. Todo se ilumina y se comprende en la participación de esa paternidad y maternidad que tiene su último fundamento en Dios, Padre y Madre.

Déjenme expresar un detalle de lectura femenina, que otros lectores masculinos del texto dejaron por alto: *el perrito que acompaña a Rafael y Tobías en su camino. No debe ser detalle de poca importancia cuando se consigna en la Escritura.*

10. La “transfiguración” de Azarías / Rafael.

Los discípulos amados por Jesús viven en el Tabor un anticipo de la identidad del que verán crucificado en el Calvario y resucitado después. Tal vez la prueba de la crucifixión hubiera sido demoledora

para la fe, sin ese contemplar a Jesús “transfigurado” para poderlo reconocer después “desfigurado” y en todos los “desfigurados de la historia”.

Rafael revela su identidad; es el ángel que recogía las oraciones desesperadas de Sara y de Tobit, en una simultaneidad de tiempo a pesar de la distancia del espacio. Las oraciones que llegan juntas se unen ante el Señor que va a reunir después a Sara y Tobías. La “transfiguración” que aquí es posterior al sufrimiento, es el mensaje de que Dios nunca abandonó a sus hijos amados, estaba con ellos porque tenía al ángel como intermediario actuando en su nombre. El ángel no reclama gloria para sí; sólo quiere que Dios sea glorificado, que sus obras sean conocidas y celebradas. A diferencia de los “secretos del rey” que hay que guardar en reserva, las obras de Dios hay que proclamarlas desde los tejados y azoteas, a pleno pulmón, con rostro y corazón de fiesta.

Hacer el bien es el mejor camino para que el mal no tenga entrada en nuestro corazón; devolver bien al que nos hace el mal es el precepto de Jesús para que se reconozca en el rostro de los hijos, el mismo rostro del Padre y así sea “santificado su nombre”.

Hacer el bien a los otros es ya gracia y don de Dios, y es hacerse bien a sí mismo; es vivir una vida con sentido, aunque la prueba purifique como sucedió con Tobit al interrumpir la comida para enterrar a un muerto y al instante siguiente quedar ciego.

Los dos capítulos finales son la explosión del gozo, del amor, por parte de Tobit; su cántico de acción de gracias que tantos ecos suscita en el Nuevo Testamento, sobre todo en boca de María. El gozo es también la expectativa del triunfo total de la historia en el símbolo de la ciudad de Jerusalén revestida de riquezas y de joyas; símbolo de la comunidad con la que Dios hace su alianza; símbolo de la Iglesia esposa de Cristo, cuyas joyas son los carismas del Espíritu y entre ellos el de nuestra propia vida religiosa. Esta Iglesia, en el Apocalipsis, grita junto con el Espíritu: “Ven Señor Jesús”. Y así termina Dios de revelarnos su misterio en la Sagrada Escritura.

La lectura femenina de este libro me ha unido con ese clamor de la Iglesia y del Espíritu. Me he sentido verdaderamente emocio-

nada, queriendo citar textualmente todo el cántico de Tobit. Pido al Espíritu que al compartir esta lectura en nuestro encuentro podamos cada uno de nosotros expresar los sentimientos y las ideas que nos reflejan como hombres y mujeres, acogiendo un mismo mensaje, pleno de humanismo y de ternura.